

Rogelio Zúñiga R.

Los otomíes del estado de México

... Para el hombre que vive en medio de la opulencia y el confort de las grandes ciudades... es muy interesante publicar la fotografía de un otomí cubierto a medias con la áspera malla del ayate, acurrucado comiendo quiote asado; más común aún es tener la satisfacción de intitularla: "caballero mexicano comiendo madera"...

Miguel Othón de Mendizábal
Obras completas



Esto puede resultar una gran verdad para quienes no conocen a los otomíes y para quienes los juzgan desde una perspectiva social, económica o religiosa diferente de la de ellos; para aquéllos que piensan en los miembros de este grupo étnico como individuos sin aspiraciones y sin porvenir alguno.

Sin embargo estos indios son algo más que bebedores de pulque y comedores de tallos de maguey asados, como muchos mexicanos piensan, según ironiza el maestro Mendizábal. Vale la pena asomarnos un poco a la historia de esta cultura y echar un vistazo a su tipo físico, su medio ecológico y la vestimenta con que se cubren.

Como nos enseñaron en los libros de texto, muchas razas se concentraron en México; diferentes lenguas y distintas culturas florecieron y se extinguieron, dejando, empero, vestigios de su presencia. Algunas, no obstante, persisten y se aferran tenazmente a sus tradiciones y costumbres, a sus creencias ancestrales.

Tal es el caso de los otomíes, que ocupan una vasta zona del centro de nuestro país, pues penetran en los estados de México, Hidalgo,

Querétaro, Puebla, Veracruz, Tlaxcala e incluso llegan a poner pie en territorio de Michoacán.

Con todo, los otomíes actuales descienden de un conglomerado de grupos étnicos que los aztecas designaron genéricamente como *otomí*. A esta palabra, por lo mismo, se le atribuyen diversos equivalentes sostenidos por otros tantos puntos de vista.

Así, la postura genealogista afirma que el gentilicio responde a *Otómítl*, también llamado *Oton*, guerrero legendario que sería el fundador de su raza; la tesis "azteca" postula que deriva del náhuatl y quiere decir "los que cazan con flechas" y, por último, otra teoría propone que el origen del término proviene del mismo idioma de esta gente, *Othómi*, "los que no tienen casa"; significado que haría alusión a su origen migratorio.

Como quiera que sea, ninguna de estas interpretaciones parece estar de acuerdo con los mismos otomíes, que se llaman entre ellos *nhá nhú*,

probablemente "los que hablamos nuestra lengua" o "los que sabemos hablar".

Antropológicamente se clasifica a estos indios dentro del grupo macro otomangué, subgrupo otopame, familia otomiana.

La divergencia de opiniones plantea, hoy en día, algunos problemas a los historiadores que intentan rastrear el devenir de este pueblo para determinar, hasta donde sea posible, sus orígenes y el desarrollo que siguieron desde entonces.

A pesar de que se han hecho varias conjeturas para despejar estas incógnitas, no se ha dado una respuesta satisfactoria a las preguntas ¿qué sabemos de los otomíes? ¿quiénes son? ¿de dónde vinieron? ¿cuándo y porqué? Hay eruditos que afirman que estos indígenas provienen de algún punto situado al sur de nuestro país. Otros piensan en cambio que llegaron del oriente; en fin, distintas autoridades en la materia opinan que los otomíes arribaron con las últimas oleadas de grupos migratorios, antes de la consolidación del dominio mexica.

La hipótesis más comúnmente aceptada es que asentaron sus reales en la región de Tula, a la que ellos llamaron *Mahmemí*, con anterioridad a la llegada de los toltecas, por quienes fueron sojuzgados hasta 1168, año en que sobrevino el colapso del imperio tolteca al triunfar los invasores chichimecas capitaneados por Xólotl.

Dado que la presión de los vencedores se ejercía desde el norte, los otomíes se desplazaron en dirección opuesta para establecerse más tarde en el Valle de Toluca, donde fundaron Jilotepec. Medio siglo después ocuparon una porción del Valle de México, se consolidaron en Xaltocan y erigieron un señorío que duró cerca de doscientos años.

En 1395 el rey tecpaneca Tezozómoc, señor de Atzacapotzalco, conquistó esta ciudad, así como la de Jilotepec y sus territorios circunvecinos. Los otomíes, que no estaban dispuestos a someterse, optaron por alejarse nuevamente y se extendieron por Tlaxcala, Zempoala, Metztlán y la región de Tototepec.

En 1427 al morir Tezozómoc, Atzacapotzalco sucumbió ante el empuje de la Triple Alianza de Texcoco, Tenochtitlán y Tlacopan, y al año siguiente este último reino se apropió de la mayoría del territorio otomí.

De 1440 a 1502 los aztecas extendieron sus fronteras hasta alcanzar la cúspide de su poderío, sometiendo entre otros a los estados de Teotalpan, del Valle de Toluca y del complejo Jilotepec-Chiapan. Este movimiento cortó en dos a los *nhá nhú*; los que quedaron al oeste se dirigieron a Michoacán, mientras que los orientales se internaron aún más en lo que hoy es Tlaxcala.

Con la aparición de los conquistadores españoles la periferia del imperio mexica



comenzó a desmoronarse, lo que determinó que a la muerte de Moctezuma II en 1520 los otomianos quedaran divididos en tres zonas: una al sur y al sureste que permaneció independiente por algún tiempo, y cuyos ejes principales eran Huayacocotla, Metztlán y Tototpec en las sierras poblana y veracruzana; la región central, que se extendió hasta cubrir el sur de Hidalgo, rozaba el Distrito Federal y entraba en el estado de México; y el área suroeste en el Valle de Toluca.

Los europeos calificaron a los indios de estas tres marcas como *mansos*. Hacia el norte, en el Valle del Mezquital y parte de Querétaro existían todavía bandas otomianas culturalmente más atrasadas que recibieron el adjetivo de *cerriles*.

Mientras permanecieron bajo el yugo azteca los otomíes fueron tratados cruelmente, por lo que recibieron a Cortés más como libertador que como a un enemigo más, y colaboraron con él en la guerra contra sus antiguos amos y en la colonización de los lugares ocupados por sus parientes septentrionales.

Sin embargo, con el establecimiento del sistema de encomiendas y de las misiones agustinas y franciscanas en la década de 1530, los españoles resultaron peores que los señores de Tenochtitlán ya que éstos, al menos, respetaron sus formas internas de organización social así como su religión, sin imponerles más que pesados tributos y la presencia de sus tropas, lo que resultaba humillante pero soportable.

La destrucción de sus templos sobre todo, debida a la intolerancia religiosa que caracterizó al período colonial, causó hondos resentimientos, de manera que siglos más tarde buena parte de los indígenas de éste y otros grupos étnicos se sumaron al movimiento insurgente que culminó con la Independencia en 1821.



Al estallar la Revolución de 1910 numerosos otomíes se unieron al zapatismo, y aunque algunos obtuvieron reivindicaciones con la implantación del ejido y se ciñeron externamente a las instituciones nacionales, persiste la antigua organización social, como se verá más adelante.

Consecuencia de la ocupación territorial derivada de las conquistas azteca y española, fue que los otomíes actualmente se extienden en las tres áreas mencionadas, que incluyen subregiones geográficas de muy variadas altitudes, pues oscilan entre los 1 000 metros sobre el nivel del mar en la parte norte (Valle del Mezquital, en Hidalgo) hasta los 3 000 metros en los suburbios de Toluca. Ello desde luego implica diferencias climatológicas notables, elemento que ha influido grandemente



en su economía, de carácter eminentemente agropecuario, aunque con diferentes sistemas, adaptados a las peculiaridades geofísicas de cada lugar, con sus correspondientes patrones de cultura. Las mayores divergencias se encuentran en el este: Veracruz, parte de Hidalgo y una porción de la sierra de Puebla, que contrastan con los de la Altiplanicie, entre los que se cuenta el 38% de su población—calculada en unos doscientos mil— dentro del estado de México.

En esta zona el clima predominante es el llamado subtropical de altura, con temperaturas que, en promedio, no sobrepasan los 20°C y lluvias que se extienden de junio a septiembre, régimen que permite la agricultura de temporal con cierto éxito.

Los otomíes que viven en el estado de México se ayudan en su agricultura con algún riesgo gracias a los abundantes arroyos de las cuencas de los ríos Balsas y Lerma, así como de sus afluentes: Ixtapan (del Oro), Malacatepec y Tilotoc, que alimentan al primero; La Gavia, el Jaltepec, el Santo Domingo y Tejalapa, del río Lerma. Los asentamientos otomíes de esta zona cuentan en general con buenas vías de comunicación.

En sus pueblos puede verse a los indios de estatura un tanto superior a la de otros grupos étnicos del centro, pues fluctúa entre 1.60 y 1.70 metros; tienen manos y pies anchos y su complexión es bien proporcionada; la tez es morena, un poco más oscura que la de sus vecinos matlaltzincas, mazahuas y tlahuicas; el cabello negro lacio y abundante, la nariz ancha y ligeramente aguileña, los labios gruesos y los ojos oblicuos; los hombres tienen escasa barba.

El carácter reservado de los *nhá nhú* los hace parecer hoscos, impresión que desaparece una vez que han aceptado un saludo respetuoso y amable, sobre todo si éste es pronunciado en su lengua.

Pueden advertirse algunos cambios en la vestimenta de un pueblo con respecto a otro; diferencias que se acentúan al pasar de una región a la siguiente.

El traje típico, aunque usado por ambos sexos es más frecuente en las mujeres. En términos generales, el vestido se compone de una especie de falda de lana muy amplia que conocen como *enredo*. En el norte del estado de México suele ser negro decorado con franjas de colores, entre los que predominan el amarillo, el anaranjado y el verde. En el centro y sur del estado, en cambio, esta falda es de preferencia azul liso.

Llevar además una blusa de manta o de tela de algún color llamativo, de mangas cortas, y unas tiras bordadas con hilos de colores en el frente y en la espalda, así como en el cuello; este tipo de labor es el *pepenado*. Los motivos de estos adornos suelen ser grecas, flores, animales, etcétera. Debajo del tablero bordado hacen un plisado muy fino, el *repulgo* y ciñen su *enredo* con una faja de lana o algodón tejida en telar de cintura.

Se usa también otra prenda, es el *quechquémitl* o *quexquémetl*, que se ponen sobre los hombros de modo que una punta quede colgando por el pecho y otra a la espalda, o bien ambas al frente. Es frecuente ver el tradicional rebozo de hilo, generalmente negro. Tanto los hombres como las mujeres se calzan con huaraches, algunos muy elaborados.

Las mujeres son afectas a usar muchos adornos personales, entre los que destacan aretes, anillos, collares de vidrio, listones de colores y peinetas.

En el hombre es muy común la ropa occidental, aunque usan un jorongo de lana de colores oscuros y sombrero de palma.

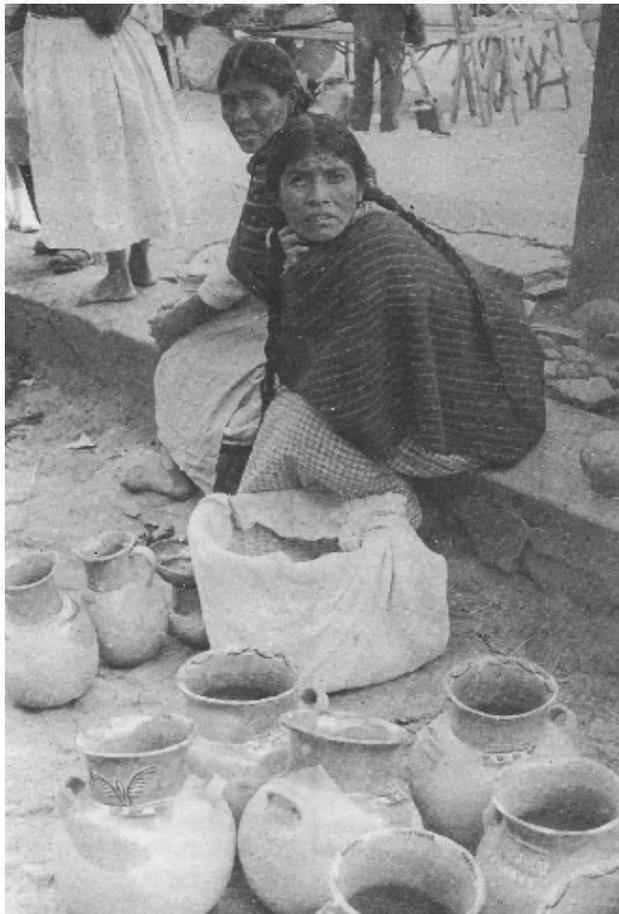


Ahora bien, no basta con una descripción somera de los otomíes, tal como se ha venido planteando en este artículo. Hay algunas interrogantes que asaltan la mente cuando se escucha la palabra "otomí": ¿cómo viven? ¿cuál es su economía? ¿quiénes los gobiernan y de qué manera? ¿en qué valores sociales y cosmogónicos se sustentan? En resumen ¿cuál es la organización social, política y religiosa de este grupo étnico y cuántos otomíes existen? ¿cómo se comportan frente a la organización social y económica del México contemporáneo?

Vamos por partes.

Las viviendas otomíes, como las del resto de las razas del mundo, están determinadas en gran medida por los factores externos que los rodean: clima, materiales de construcción asequibles, respuesta a necesidades individuales y colectivas específicas, etcétera. De ahí que las casas de los que habitan en el estado mexiquense sean distintas de las del Valle del Mezquital, por ejemplo. En aquella entidad federativa el adobe, la teja, la lámina —de zinc, cartón enchapopotado o asbesto— y la madera son los elementos más comunes.

Las casas constan de uno o dos cuartos con piso de tierra; el techo es a dos aguas y sin chimenea, por lo que el humo escapa por las rendijas o por la puerta y las ventanas cuando las hay. Suelen contar con un baño de vapor o *temascal*



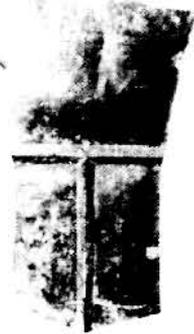
en una construcción aparte, casi siempre de piedra, y un troje o granero anexo a la habitación.

En algunos lugares arbolados, como en las cercanías de Toluca, pueden utilizarse tabloncillos y troncos para las paredes, y tableta o tejamanil para los techos; pero esta clase de moradas es poco frecuente.

En el interior de las viviendas se destina un rincón a la cocina, con fogón de tres o más piedras, sobre las que se colocan parrillas de metal o comales y plataformas de barro. Las ollas generalmente son del mismo género o de peltre, que se utiliza cada vez con mayor frecuencia dados su durabilidad y bajo costo.

Algunos bancos y cajones de madera, huacales, petates y camas de tabloncillos montados sobre "burros" triangulares completan el mobiliario. El telar de cintura puede instalarse en el interior, atando el extremo libre a algún poste, o bien afuera, dependiendo más que nada de la temperatura ambiente.

La economía otomí se basa en la agricultura, pero otras actividades artesanales y pecuarias completan el cuadro. En el primer renglón, aunque cuentan con algunos terrenos de riego en el Valle de Toluca,



"COBRE" HAIDA

En el Litoral Pacífico del Canadá e islas adyacentes florecieron ricas culturas de pescadores y cazadores marinos; el "COBRE" procede de los haida, habitantes de la Isla Carlota. Estas piezas están hechas en placas de metal a las que se les da la forma de un escudo y constituían un obsequio que se hacían entre sí los jefes durante la ceremonia del *potlach*.

Antes de la llegada del hombre blanco, el metal se adquiría por intercambio con las tribus atapascanas, y se martillaba en frío para elaborar los "COBRES"

PIEZA
DEL MES
FEBRERO



predomina la de temporal, en lotes o parcelas de una o dos hectáreas por familia. En ellas siembran maíz, frijol, chícharo, chile, papa, tomate, trigo, avena y calabaza, entre otros cultivos.

Sus técnicas son primitivas en relación con los métodos mecanizados que empiezan a imponerse en la entidad, ya que estos indios emplean el arado tirado por bueyes —la yunta— para las labores de roturación y preparación del campo; y la coa o palo sembrador para la implantación de la semilla. La cosecha se realiza a mano.

Otra actividad de alguna significación es la ganadería de especies menores, como cabras y borregos, ya que el ganado bobino es escaso. La técnica que se sigue es la del pastoreo, que se deja en manos de los niños.

Es más importante la artesanía doméstica, dado que les reporta mayores utilidades. Dentro de esa industria fami-

liar está en primer lugar la manufactura de faldas, blusas, vestidos y, en general, todas las prendas femeninas, aunque también tejen y bordan camisas y jorongos, así como ayates de complicados diseños y las alfombras de Temoaya, pero esta última ocupación no responde ya a su arte autóctono, estrictamente hablando.

Elaboran algunos artículos de cuero y madera y algo de cestería, entre la que destacan los sombreros de palma de doble tejido. La alfarería ha decaído notablemente, a medida que se imponen las ollas y cazuelas comerciales, por lo que apenas vale la pena mencionarla.

Su organización política responde en gran medida a la estructura nacional, ya que la tenencia de la tierra reviste en muchos lugares la forma ejidal, aunque existe también la pequeña propiedad. Los resultados de las cosechas que obtienen de sus campos son tan insuficientes, sin embargo,

que muchos prefieren emplearse como peones asalariados o bien desempeñar otras tareas que les permitan obtener algún beneficio.

Las autoridades en los asentamientos otomíes son los cargos estatales, como el presidente y el agente municipales ostentados por mestizos. Coexistiendo con éstas, aunque oficialmente subordinadas, permanecen las formas de gobierno autóctonas, civiles y religiosas. Entre los mandatarios de carácter civil descuellan el Juez Auxiliar Propietario y tres jueces auxiliares suplentes. Estos funcionarios nombran a sus ayudantes, que en algunos sitios se llaman *topiles*, mientras que en otros reciben el título de *varistas* en atención a que llevan en la mano una vara de la justicia o bastón de mando como símbolo de su jerarquía. Todos son electos democráticamente en una asamblea general; no obstante, su nombramiento debe ser ratificado por el go-

bierno del municipio. Permanecen un año en el puesto y no reciben remuneración alguna.

Otro oficial es el Representante General del Pueblo, que en casi todos los casos es el vecino de mayor edad. Sus tareas son de índole eminentemente social; por lo mismo, no depende de los mandos municipales sino del vecindario al que representa y puede fungir como tal durante mucho tiempo, incluso hay poblados en los que este cargo es vitalicio.

Es asimismo importante, ahora con investidura federal, el Comisariado Ejidal en las poblaciones que se han constituido en ejidos. Las personas que integran este cuerpo son propuestas por miembros de la comunidad, pero deben ser nombradas por el Delegado de Promoción Ejidal.

En el aspecto religioso, el gobierno está formado por los mayordomos, llamados *betri* en otomí y cuyas funciones son administrativas, incluyen-



do el cuidado y mantenimiento del templo. Sus auxiliares son los *mampfizi* o "cargueros", que se llaman así porque toman a su cargo los gastos que habrán de erogarse en las festividades religiosas. Generalmente tanto los mayordomos como los cargueros son hombres, pero no se excluye que alguna mujer sea electa en la asamblea anual que se celebra con este propósito.

La religión otomí ha sufrido diversos cambios debidos a otras tantas influencias. Para principios del siglo XVI habían adoptado la de los aztecas con varios centros de culto importantes. Tenían una escuela para los sacerdotes de Huitzilopochtli, la deidad más reciente, y se rendía también culto a Tezcatlipoca, dios al que se adoraba con anterioridad. Estas divinidades eran las principales, seguidas de algunas otras de menor importancia.

Se les hacían ofrendas de copal, papel y sangre, extraída mediante espinas de magüey o punzones de hueso, de las piernas, brazos, orejas y lengua y se embadurnaba a los ídolos de piedra o de madera en los pueblos donde existían tales estatuas, mientras que en los que carecían de ellas se asperjaba la sangre mirando al cielo. Los sacrificios humanos se practicaban en pocos lugares.

La periodicidad de los actos culturales era de veinte días y durante las ceremonias se liberaban aves diversas y se ejecutaban danzas sagradas.

Muchas de las creencias prehispánicas persisten hoy en día como la consideración de que todo está presidido y ordenado por las deidades, que han asumido la forma de la providencia católica o la adoración a Tezcatlipoca, personificado por Jesucristo en la versión moderna.

Actualmente han adoptado muchos otros ritos emanados del cristianismo y se considera católicos romanos a la mayoría de los otomíes, aunque las denominaciones protestantes han cobrado fuerza



últimamente. No obstante el aparente apego a las doctrinas de estas iglesias, los *nhá nhú* no aceptan ciertos dogmas como la inmortalidad del alma, por ejemplo; o bien han arrojado las festividades eclesiásticas de acuerdo con conceptos anteriores a la Conquista. Resultan casos claros las celebraciones de los fieles difuntos, del 31 de octubre al 2 de noviembre, en las que los días se dedican a los niños que murieron antes de ser bautizados y a los abortos; a los niños que recibieron el bautismo y murieron pequeños; y a los adultos, respectivamente.

Celebran también la pascua y la navidad además del *zinandahmu* o santo que se venera en cada pueblo y que tiene lugar el día de su advocación siempre que no sea viernes, día considerado nefasto por esta cultura. En ese caso los mayordomos determinan otra fecha.

Todas las manifestaciones rituales se acompañan con el estallido de cohetes y con bailes. Los más llamativos son *San Garabato*, *Los Cinco Locos*, *Los Concheros*, *Los Arrieros* y especialmente *La Virgen y*

las Fieras, ejecutada sobre todo en San Luis de las Peras y en Chalma por los danzantes llamados *Xitas*.

Algunos otros usos y costumbres de carácter social responden a una estructura previa a la llegada de los españoles, que han conservado hasta la fecha. La unidad básica de este grupo es la familia nuclear, aunque en ocasiones vive con ellos algún pariente cercano como tíos, primos o abuelos. El matrimonio suele concertarse entre los padres de los novios y usualmente se escoge pareja entre jóvenes del mismo pueblo. El novio debe trabajar para su futuro suegro durante cierto tiempo; pero una vez realizado el casamiento la pareja se traslada a la casa de los padres del esposo mientras éste construye su propio hogar.



El Censo General de Población y Vivienda de 1970 registró un total de 221 080 otomíes diseminados en diez entidades federativas, y de ellos el 38%,

es decir ochenta y cuatro mil quinientos individuos, vive en el estado de México, especialmente en los municipios de Acambay, Ocoyoacac, Temascalcingo y Toluca. Los *nhá nhú* ocupan, en cuanto a población, el quinto lugar de los cincuenta y seis grupos étnicos reconocidos oficialmente a nivel nacional.

Sin embargo, el bombardeo constante de la publicidad comercial por los medios masivos de comunicación los ha hecho perder muchos de sus valores culturales sin ofrecerles nada a cambio, imponiéndoles los de una sociedad que no sólo aniquila la suya sino que además los margina.

Felizmente para México ciertas instituciones, tanto públicas como privadas, han iniciado una activa campaña de rescate de esos valores culturales que, hasta hoy, nos brindan la oportunidad de aprender mucho, no únicamente en cuanto a lo que a los indios se refiere, sino acerca de nosotros mismos.